

**E.  
HARO  
TEGLEN**

# LA PERDIDA DEL TIEMPO

**E**NTRE las muchas cosas que faltan en este país, la principal es el tiempo. Las naciones, las sociedades, tienen un ritmo, una velocidad de crecimiento y maduración. No es el mismo en todas ni para todas las cosas. Hay, a veces, dislocación de los ritmos internos. Podría decirse que los Estados Unidos —por citar la que está en cabeza de la civilización en que nos encontramos— sufre en los últimos tiempos un desfase entre el tiempo científico y técnico y el tiempo de maduración mental. Las armas que produce están, por ejemplo, en un tiempo mucho más adelantado que la mentalidad de los hombres que deben disponer de ellas. Asusta ver el desarrollo intelectual, por decirlo así, de los nuevos misiles gigantes y su capacidad de destrucción comparándolo con el nivel intelectual —por lo que dicen, por lo que hacen— de un Carter o un Reagan. Las armas están por encima del hombre. Ciertas intuiciones de la ciencia-ficción, de la política-ficción, han esbozado ya este tiempo.

**E**NTRE las naciones, el ritmo del tiempo transcurre de manera muy distinta. Poniendo dos extremos, sabemos que no es el mismo el de la India —o Namibia, o el Congo— que el de Suecia —o Noruega, o Bélgica—. Hay mundos parados, mundos en movimiento. A grandes rasgos se encuentra que el bienestar coincide con las naciones de mayor velocidad en el ritmo; el malestar y la desgracia con las que se inmovilizaron. En cierta forma podríamos decir que el índice mejor corresponde a aquellas sociedades que consiguen al mismo tiempo un progreso real en la ciencia y en la técnica y una adecuación de las mentalidades dominantes a los nuevos descubrimientos. La ciencia y la técnica, como modelos de evolución de la especie, no son más que la adecuación al desafío general de la Naturaleza que ahora se presenta con un crecimiento demográfico y una disminución de los recursos. La explotación de los descubrimientos sólo puede hacerse mediante una modificación continua de los grados de definición de dogmas y verdades: es de-

cir, cuando se tiene el valor suficiente como para desprenderse de nociones que ayer eran válidas y hoy ya no lo son.

**E**SPAÑA va con un grave retraso en todo ese ritmo. La política que se está realizando es una política de retraso y contención: es un daño a la sociedad. Hay varias maneras de enfocar el tema. Una de ellas es el achaque histórico: ciertas verdades convertidas en dogma que se adoptaron en los siglos pasados —las que nos privaron de las famosas tres "R": Renacimiento, Reforma, Revolución— no han podido ser desterradas. Hubo una culpabilidad grave de Franco y las personas de su régimen al contener el tiempo histórico, fortaleciendo un retroceso intelectual. Hay otra manera de ver la cuestión: ciertas formas de progreso no se han producido en España (volveríamos a encontrarnos con la misma contención: no se han producido porque los factores históricos impidieron el desarrollo intelectual libre) sino que han sido adquiridas, importadas, traídas. Se han superpuesto artificialmente a nuestra evolución mental. Las hemos podido comprar a base de la venta de playas y sol, o de materias primas que se nos han ido agotando, o de suministro de política y estrategia convenientes para el vendedor. Si los ordenadores —es un ejemplo— están complicando hasta un cierto punto la organización tradicional e incidiendo gravemente en el mercado de trabajo, es porque no los inventamos nosotros, y porque para programarlos utilizamos una mentalidad antigua, repleta de verdades que ya no corresponden a lo que la civilización del ordenador representa.

**N**OS puede estar pasando lo mismo con la democracia. La hemos importado, hemos colocado su modelo sobre nuestra sociedad: pero no solamente no la hemos inventado nosotros, ni la hemos adoptado a tiempo, sino que la utilizamos —la utiliza el poder— con arreglo a los dogmas anteriores. No puede funcionar. Como no puede funcionar una economía que importemos de Friedmann o de los "Chicago boys", o de Leon-





En España se está realizando una política de retraso y contención: es un daño a la sociedad.

tierr, porque la mentalidad de compraventa, de relación entre empresa y mano de obra, de sentido del trabajo, de propiedad privada, de utilización del maquinismo, está anclada en una feudalidad pasada por el franquismo. Tampoco puede funcionar, y de hecho no funciona.

**P**ERO el tiempo se nos está agotando. El tiempo no está ni siquiera en relación con nosotros mismos: estamos integrados en un mundo. Ni siquiera se puede decir, en este sentido, que estamos integrados en el mundo de Occidente, al que queremos incorporarnos con nuestra política: no estamos integrados en un mundo donde se interrelacionan, disputan, influyen los tres grandes sistemas dominantes: el del desarrollo occidental, el del desarrollo comunista y el del desarrollo del subdesarrollo, si se puede emplear esta expresión aparentemente contradictoria. Nos estamos quedando atrás de todo y en todo. Tendríamos que correr, y no corremos. Nos encontramos enredados en artículos abstrusos de una Constitución abstracta, en un terrorismo de baja estofa, en discusiones de aldea, en dimes y diretes de partido a partido, en querellitas internas de cada grupo. Es evidente que esto existe también en los grandes países, y desde luego en los pequeños: pero no es lo único, como sucede aquí, ni siquiera lo primordial. Es lo accesorio. En España, este juego mínimo se ha convertido en una sustitución de la verdadera política y de la verdadera urgencia.

**N**OS vamos entregando, en cambio, y cada vez más, a la adoración de la fuerza. Es el recurso de las sociedades empobrecidas. Y, sobre todo, empobrecidas mentalmente. Vamos volviendo a la desconfianza por las ideas y por las palabras, a la estimación de la práctica por el hecho de que exista, a la represión de todo aquello que suponga una adecuación a la dinámica de la vida que trata de producirse por sí misma.

**N**O se ven señales de cambio. Por el contrario, se ven señales de acentuación del poder de la conservación de lo que se tiene. Todo aquello que comenzó a apuntar se reprime, porque se le tiene miedo. Porque otra vez ha ganado en España el partido del miedo.

**T**ODO esto tiene muy mal arreglo. Nos acantonamos, nos encerramos. Cuando se hablaba del "bunker", al principio de esta democracia, se señalaba una minoría de los que estaban perdiendo el poder y se resistían. No se ha reducido el "bunker": se ha ampliado. Se va creando una generación de políticos a la defensiva: perdiendo tiempo porque les parece lo mejor. Se les va a quedar España entre las manos. ■

## EL INFANTICIDIO COMO POLITICA

LoS  
CoNteM  
poRa  
ñeOS

**O**CHENTA y cinco niños murieron en España el año pasado a consecuencia de los malos tratos dados por sus padres. Esto indica probablemente unos cientos de miles de niños que escaparon con vida a los malos tratos. A unos malos tratos, entendámonos, no habituales. Los habituales forman parte normal de la sociedad y se realizan y contemplan con el beneplácito de todos. Hay el bofetón, considerado siempre tan sano, o la suela de la zapatilla en un trasero no masoquista, sino desesperado: la privación del ocio, el encierro. El castigo mental. He oído a una madre decir a su hijo, señalándole un buen perro que le sobrepasaba en altura: "Mira, mira: estos perros son los que se comen a los niños como tú"; y me imaginaba el terror interno de un niño al que se prometía un castigo tan feroz y desmesurado como el de ser mordido, desgarrado y devorado.

Ochenta y cinco niños muertos, una legión de niños heridos, lesionados, encadenados, encarcelados. Es llevar el aborto demasiado lejos. Y es hacer pagar demasiado caro el precio por mantener una familia cristiana, de las que no se divorcian. Nuestros moralistas morbosos señalan siempre el problema de los hijos de padres divorciados, no cuenta el asesinato de niños por padres no divorciados.

Pero nuestros moralistas consideran el castigo como necesario: ayuda a formar ciudadanos para el día de mañana. Una bofetada a tiempo, dicen, evita muchos males. Las bofetadas a tiempo han evitado siempre la creación de sociedades libres de ciudadanos alegres y sonrientes. Los niños prusianos estaban sometidos a la disciplina más férrea y más dura, a imitación de los de Esparta (véase "El joven Thorless"); produjeron luego las peores guerras de este siglo, como los de Esparta en el suyo. No es una casualidad, es una deliberación. En lo que se refiere al terrorismo normal del padre sobre el hijo.

El anormal da estos muertos. Son víctimas tardías de las dificultades para conseguir y utilizar anticonceptivos, del amor repentino, subrepticio y clandestino, de la penalización del aborto. Son víctimas de la no existencia del divorcio. Los niños no queridos, no amados, no deseados: las terribles sorpresas de la ranita miserable.

Todo está planificado así. No es un azar, ni una casualidad: es algo inscrito en nuestra sociedad. Algo que forma parte del pensamiento global de la tozuda, terca, eterna gran derecha española: de las gentes del látigo y la mazmorra. Son no solo víctimas de unos padres, sino que esos padres brutales, esos asesinos nocturnos y solitarios del interior de sus hogares, son víctimas de esa sociedad, de esa mentalidad. De ese plan.

Creíamos que se iba a disipar, que una breve luz de razón iba a penetrar en esta densa capa antigua de la tradición del castigo. Ilusiones perdidas. Vuelven cada día, cada día hacen presente su castigo para el ejemplo. Para que la sociedad no se pierda. ■

**POZUELO**